



DULCINEA INMORTAL

Si te vieron mi espíritu o mis ojos,
yo juro que te he visto, Dulcinea:
Corazón de La Mancha que en ti crea
vida, calor y amor en sus rastrojos.

Te he visto en los sencillos miradores
despertando a la aurora en tus destellos,
peinando al sol; y el sol en tus cabellos,
tu clavel, tu peineta, un haz de amores.
Con el ir y venir de tu tarea
rebullían las aves y la noria;
y hacías de tu hogar nido de gloria,
jardines la ciudad, templo la aldea...
(Te he visto, Dulcinea).

Te he visto en el azul de las ventanas
lo mismo que una blanca aparición,
irradiando impaciencia y corazón
sobre el húmedo azul de las mañanas.
Desde tu perfección, todo alborea
desde la piel y honduras;
y, por ti, en los caminos y llanuras
parece que otro Dios nace y pasea.
(Te he visto, Dulcinea).

Te he visto en el umbral de las moradas
limpiando las esteras y vajilla,
cuyo polvo se hacía maravilla
de manto en la nudez de las llamadas.
Y cómo te rodea
la loca escolanía de gorriones,
chillando y esperando tus canciones
y tus migajas en que el sol torea.
(Te he visto, Dulcinea).

Te he visto en cada huerto al sol abierto
con su incendio de rosas y claveles;
y mis ojos, mojados por tus mieles,
decían si eras tú la flor y el huerto.
Porque tu aliento orea;
tus senos son racimos;
tus muslos, girasoles; y tus mimos
rocío que en los ojos juguetea.
(Te he visto, Dulcinea).

Te he visto en las llanuras o las lomas
sembrando grano a grano, o a voleo,
con suave canturreo
que imitaban jilgueros y palomas.
Bajo tus pies el campo bailotea,
son flautas y panderos los terrones,
y nacen corazones
en las semillas que tu mano airea.
(Te he visto, Dulcinea).

En dulces tardes de recolección
te he visto con mandil y con sombrero,
y eras como un velero — ¡qué velero! —,
cargando la gloriosa granazón.
En tu mano es la hoz que el sol platea
rúbrica de alegrías,
y cada haz de trigo sinfonías
del útero manchego que madrea.
(Te he visto, Dulcinea).

En las eras redondas y amarillas
te he visto diosa y alas sobre el trillo:
dando misterio, y dando encanto y brillo
al bieldo, y al botijo, y las horquillas.
Cómo se cimbrea
tu imagen sobre el sol de las gavillas,
y cómo en tus doradas pantorrillas
la enloquecida luz mariposea.
(Te he visto, Dulcinea).